

Prólogo

Aristóteles comienza su *Metafísica* diciendo que “todos los hombres desean por naturaleza saber”. Quizás no sea exactamente así, pues el deseo siempre es posterior al conocimiento, o sea, que no es posible “adelantarse” a él ni siquiera por una inclinación natural, ya que los deseos requieren un objeto, algo previamente conocido, hacia lo que tender.

Partiendo de este principio, desarrolla a continuación una breve historia de la ciencia: cuáles nacieron primero y por qué, y acaba afirmando que, aunque sea la última, la metafísica es la “ciencia que se busca”, y la razón es porque es la única ciencia “libre”, que se busca por sí misma, no por su utilidad. Lo útil, efectivamente, siempre lo es para algo y, por tanto, es “medio”, no fin.

La mentalidad moderna, especialmente desde la Ilustración, no puede comprender lo que los clásicos admitieron como evidente: que el hombre necesita saber de sí y del mundo y sólo después, dar sentido a todas las actividades que es capaz de realizar y orientar las ciencias que puede desarrollar. Las llamadas “ciencias particulares” no “sirven” al hombre salvo que estén subordinadas a la antropología y a la metafísica. Pero ahora la “sabiduría” de los clásicos pierde su sentido porque, ¿de qué “sirve” si mientras la persigo no disfruto de la vida, no soy feliz?

“La tierra es demasiado hermosa para que la Providencia la haya destinado a ser una morada de dolor. Negarse a gozar de los beneficios que el autor de las cosas ha preparado para vosotros, es dar pruebas de ignorancia y de perversidad. Nada común con la felicidad de los místicos, que tendrían nada menos que a fundirse en Dios; con la felicidad de un Fénelon, que sentía su alma más segura y más sencilla que la de un niño pequeño, cuando en pensamiento se unía al Padre; con la felicidad de un Bossuet, dulzura de sentirse dirigido por el dogma y conducido por la Iglesia, certeza de contarse un día entre los elegidos que figuran a la diestra del Santo de los Santos; con la felicidad de los justos que aceptaban la obediencia y la ley y esperaban la recompensa que ya no acabaría; con la felicidad de los simples abismados en su oración; con las beatitudes...

“De las beatitudes, gusto anticipado del cielo, ya no se ocupaban los que sustituían a los antiguos maestros; una felicidad terrena es lo que querían.

“Su felicidad era cierto modo de contentarse con lo posible, sin pretender lo absoluto; una felicidad hecha de mediocridad, de justo medio, que excluía la ganancia total, por miedo a una pérdida total; el acto de hombres que tomaban posesión apaciblemente de los beneficios que descubrían en lo que cada día trae. Era además una felicidad de cálculo. Tanto para el mal, de acuerdo; pero tanto para el bien: y el bien es más. Incluso procedían a una operación matemática. Haced la suma de las ventajas de la vida, la suma de los males inevitables; restad la segunda de la primera, y veréis que conserváis un beneficio. De un lado, el total de los puntos favorables, multiplicados por la intensidad; del otro, el total de los puntos desfavorables, multiplicados por la intensidad; si al final de vuestra jornada encontráis que habéis tenido treinta y cuatro grados de placer y veinticuatro de dolor, vuestra cuenta es próspera y debéis daros por satisfechos.

“Era una felicidad construida. Felicidad seca... Se hacía entrar al placer, rehabilitado: ¿por qué ese largo contrasentido a cuenta suya? ¿Por qué haberlo arrojado? ¿No estaba en nuestra naturaleza? Placer, encanto de la vida... Sólo los fanáticos podían poner su gozo en las privaciones, en los sufrimientos corporales, en el ascetismo: la alegría hace de nosotros dioses, y la austeridad, diablos”¹.

Con la Ilustración comienza el proceso de secularización que aún continúa y no parece que vaya a acabar nunca, porque no logra la meta que se propone. Después del nominalismo del siglo XIV, de la Reforma protestante, que reduce el hombre a un ser corrupto irredento e irredimible, luego de muchos años de guerras de religión en las que los fines temporales eran más importantes de que los espirituales, la cultura europea decide que el hombre no puede confiar más que en sí mismo, que, por tanto, ha de ser él quien decida sobre el sentido de su vida, su ética o modo de vivir para ser feliz, la organización de la vida pública, de la política... Él y sólo él puede poner remedio a un mundo infeliz, oscuro, lleno de sombras y de dolor.

Y para eso hay que romper con lo anterior, con la tradición, la religión, las “autoridades”, los lugares comunes, las ideas filosóficas, políticas, jurídicas, educativas, éticas, etc. El hombre se va a hacer cargo de su vida y del curso de la historia que, a partir de ahora, será la historia del progreso indefinido, guiado por la sola razón. Baste sólo pensar en cómo juzgaba Voltaire la religión y el pasado histórico: “la Biblia no tenía grandeza ni belleza; el Evangelio sólo había traído desgracia a la tierra; la Iglesia, entera y sin excepción, era corrupción o locura; los más puros, los más nobles eran arrastrados por el lodo; el mismo San Francisco de Asís era despojado de su dulce aureola y se convertía en un pobre

1. HAZARD, P., *El pensamiento europeo en el siglo XVIII*, Alianza editorial, Madrid, 1991, 27-29.

loco. Simplificación caricaturesca; voluntad de no entrar nunca en las razones del adversario, que había que callar o desfigurar; incansable repetición: tales eran algunos de sus procedimientos. Cuando se lee uno u otro de los sermones, catecismos, discursos, diálogos, cuentos que lanzaba a manos llenas por el mundo, se admira una forma que parece cada vez más fácil, un pintoresquismo cada vez más picante, un estilo cada vez más próximo a la naturalidad; cuando se leen diez o veinte, se percibe el mecanismo del propagandista. Es el iniciador de esa manera baja, indigna de él, que consiste, en decir que no hay que creer, porque en los Libros Sagrados se refiere que el demonio trasladó a Cristo a lo alto de una montaña desde donde le hizo ver todos los reinos de la tierra, siendo así que es imposible ver todos los reinos de la tierra desde lo alto de una montaña; o también porque la Iglesia pide a los fieles hacer vigilia el viernes. Si era menester, llegaba hasta lo innoble, de lo cual, sería fácil poner ejemplos, si no fuera porque manchan”².

¿Qué pretendía entonces la Ilustración? Que el hombre se hiciera cargo de sí mismo, que se olvidara del pasado y que “construyera” un mundo nuevo, un mundo feliz, verdadera y exclusivamente humano. ¿Qué criterio se seguiría para lograrlo? El criterio no podía tomarse del pasado, porque el pasado debía ser borrado; por tanto, había que inventarlo.

Casi todos los pueblos primitivos tenían mitos; la mitología era una forma de saber acerca del mundo, el hombre, el sentido de la vida, la muerte, el matrimonio, las normas morales, etc. En los mitos esos pueblos encontraban la respuesta a los principales interrogantes de la vida. Aunque en su forma eran narraciones fantásticas en las que dioses y hombres convivían, en el fondo contenían la sabiduría necesaria para conducir la propia vida. Pero lo propio

2. HAZARD, P., *El pensamiento europeo en el siglo XVIII*, 361.

del mito es que esta explicación de lo que ocurre se encuentra en el pasado, en un tiempo primordial en el que sucedieron cosas que determinan el presente y el futuro; la libertad, por tanto, no tenía cabida porque el origen determinaba el futuro.

Los mitos explican el origen del mal y sus consecuencias, pero no admiten la salvación. Pandora, Sísifo, el carro alado del que habla Platón, el anillo de Giges, etc., no admiten “redención”. El destino lo controla todo, y por más que Edipo ponga todos los medios a su alcance para liberarse de su “destino”, éste se cumple necesariamente.

En el pensamiento moderno el mito no tiene cabida o, mejor, lo tiene sólo para explicar un comienzo del que es preciso desligarse, con el que hay que romper. El nuevo mito sustituye a la creación divina, al pecado original y sus consecuencias, a la necesidad de un Salvador. Pero también se usa para fabricar una nueva ética, desligada por completo del Creador y de la naturaleza, obra suya. El mito, si es que lo hubo, del buen salvaje o del estado de naturaleza como opuesto al estado civil, es el punto de partida de una ruptura con el pasado, porque el buen salvaje, propiamente, era un salvaje, no un hombre. El hombre “nacerá” cuando se abandone ese estado primitivo, cuando la vida no venga determinada por nada anterior, sino que sea, exclusivamente, obra del hombre.

Por todo esto, la filosofía moderna se presentará como “gnosis”, como un conocimiento de salvación, frente a los mitos clásicos y, sobre todo, frente al cristianismo. En el cristianismo el “protagonista” es Dios: Creador, elevador al orden sobrenatural, redentor y destino último al que debe dirigir su vida cada ser humano. Y como Dios es trascendente, la vida y la historia tienen el carácter de una “historia de salvación”, con un fin escatológico, más allá de este mundo, que no por eso pierde importancia; al contrario: la vida terrena es el tiempo y el lugar en el que cada hombre se lo juega todo bajo la Providencia divina, entendida como cuidado

amoroso con el que Dios conserva y gobierna todas las cosas y especialmente a los hombres.

¿Qué es la gnosis y por qué puede decirse que la modernidad es gnóstica desde su origen? “La palabra griega gnosis significa conocimiento o ciencia. Durante el periodo helenístico adquiere un significado propio y habitualmente religioso, y, tras las herejías gnósticas, se aplica casi exclusivamente en sentido heterodoxo. Tres puntos polarizan la gnosis tomada en sentido religioso: conocimiento, revelación y salvación, susceptibles de múltiples interpretaciones, tanto en sí mismos, como en su interdependencia. La cuestión es eterna, pero el abigarrado mundo sincretista de los primeros siglos en los que se inició la historia de la Iglesia resultó un especial caldo de cultivo para transposiciones y subproductos de la gnosis ortodoxa”³. La gnosis, como es fácil comprender, trata de sustituir la doctrina cristiana por un nuevo conocimiento o doctrina que no sólo lo explica todo, sino que llevará a la salvación; este conocimiento no se funda en una revelación divina, sino en la razón. La razón, por así decir, ha sido capaz de desentrañar el sentido de todas las cosas y, por tanto, es suficiente para que el hombre viva una vida verdaderamente humana.

Pero el problema central que se presenta a toda gnosis es la existencia del mal y cómo combatirlo. En el mundo, y especialmente en el hombre, existe el mal. ¿De dónde procede, cuál es su causa y cómo librarse de él? En el fondo, “los diversos gnósticos” representan un esfuerzo del pensamiento filosófico por absorber el cristianismo y transformarlo en una simple filosofía religiosa, o del pensamiento religioso por encontrar un sentido más profundo, que no se compone con la sencillez del Evangelio, y transformarlo

3. MATEO SECO, F.L. voz *Gnosticismo*, en Gran enciclopedia Rialp, 1991, Madrid. En http://www.mercaba.org/GET/enciclopedia_gnosis_gnosticismo.htm

en una mistagogia de iniciaciones y ensueños”⁴. Para el gnosticismo el pecado no consiste en ofender a Dios sino que el mal tiene su origen en un dios malo, opuesto al Dios bueno; por eso, “si el pecado es un error inevitable y la salvación el despertar de ese error, sobra el sacrificio del Redentor, la Redención y el sacerdocio. Finalmente, dada su concepción de la materia como mala, pervierten la escatología, negando la resurrección de los cuerpos, y afirmando que el mundo será aniquilado. La gnosis... tiene un indudable matiz iluminista, pero ha perdido su carácter de conversión moral, requerida incluso para los filósofos no cristianos..., y se encuentra expuesta a todos los avatares de la imaginación impulsada por el deseo de autojustificación”⁵.

¿Qué tiene esto que ver con el pensamiento moderno y, en concreto, con la Ilustración? La Ilustración aborrece de lo irracional, de las “historias” para explicar el presente, de toda Revelación sobrenatural; la sola razón se basta para explicar todo lo que ocurre y para trazar las líneas maestras de la historia en el futuro para llegar a la plenitud. Si el hombre es un ser racional y libre, ¿qué necesidad tiene de intervenciones divinas extrínsecas que más bien impedirían el uso de la razón y de la libertad? Por tanto, la Revelación, los milagros y la Providencia divina estaban de sobra.

La razón y la libertad, ¿son suficientes para que el hombre pueda ser dueño de su vida? No. El problema de la existencia del mal lo hace imposible; mientras no se encuentre una solución, la vida del hombre estará amenazada y, con ella, su libertad. ¿Cómo encontrarla?

El gnosticismo es anterior al cristianismo, como lo es la existencia del mal en el mundo; pero el cristianismo ofrece una ex-

4. Ibidem, citando a Tixeront, *Histoire des dogmes dans l'antiquité chrétienne*, I, París, 1914, 193.

5. Ibidem.

plicación y un remedio: el pecado y la justificación obrada por Cristo. Pero si no se acepta la existencia del pecado original y su transmisión por generación, también el cristiano se enfrenta a una dificultad muy grave. Caben, en principio, dos “soluciones”: una, admitir dos principios –dos dioses–, uno bueno y otro malo; la vida sería el campo de batalla entre ambos. La otra, el emanantismo: a partir de un primer principio, lo emanado se va degradando a medida que se desciende en la escala de los seres. Ejemplos clásicos son los maniqueos y los neoplatónicos. Pero antes, en las Epístolas de los Apóstoles, aparecen referencias a doctrinas gnósticas. San Pablo, en concreto, le escribió a Timoteo: “el Espíritu dice abiertamente que en los últimos tiempos algunos apostatarán de la fe, dando oídos a espíritus seductores, y a doctrinas diabólicas, debido a la hipocresía de algunos impostores, que tienen marcada a fuego su propia conciencia; éstos prohíben el matrimonio y el uso de los alimentos que Dios creó para que sean tomados con acción de gracias por los fieles y por quienes han conocido la verdad” (1 *Timoteo*, 4, 1-3). Y san Juan, en su primera epístola, advierte hasta tres veces de que hay quienes niegan la Encarnación del hijo de Dios, y a esos les llama “el anticristo” (“¿quién es mentiroso sino el que niega que Jesús es el Cristo?”; “todo espíritu que confiese que Jesucristo vino en carne, es de Dios; pero el espíritu que no confiese a Jesús, no es de Dios; ése es el anticristo”; “cualquiera que confiese: ‘Jesús es el Hijo de Dios’, Dios permanece en él, y él en Dios” 1 *Joann.* 2, 22; 4, 2; 4, 15).

Jesús es el Redentor; negar su humanidad es, por eso, negar la redención. La redención, por tanto, nos ha sido otorgada gratuitamente por Dios, no es obra nuestra. El mal existe, pero el hombre está salvado. Jesucristo –Dios hecho hombre– no asumió otra naturaleza, ni una humanidad aparente; por eso la naturaleza humana ha sido elevada a un orden que, por naturaleza, le supera; no requiere, por consiguiente, ser “corregida”, no tiene que evo-

lucionar, etc. La irrupción de la divinidad en el hombre elevado no puede ser “superada” por la técnica, la acción del hombre o de cualquier otro modo. Jesucristo es “perfecto Dios y perfecto hombre”, de ahí que muestre el hombre al propio hombre, como le gustaba decir a san Juan Pablo II citando al concilio Vaticano II.

Pero esto es lo que niega el gnosticismo moderno. El hombre, sin Dios, debe salvarse a sí mismo, rehacerse, “encontrarse”, ser sí mismo, etc. Y, como existe el mal, para lograrlo debe “reinventarse”.

La respuesta de la teología cristiana contra la gnosis se encuentra resumida y expresada con toda claridad y fuerza en santo Tomás de Aquino, y es la siguiente: “si Dios existe, ¿de dónde el mal? Sin embargo, habría que decir lo contrario: si el mal existe, Dios existe”. La razón es que “el mal no se daría si desapareciera el orden del bien, cuya privación es el mal; y tal orden –del bien– no se daría si Dios no existiera”⁶. Más aún, “sin el conocimiento de Dios, no tendríamos siquiera la noción de mal”⁷.

La Ilustración se propuso explicar todo racionalmente; pero resulta que el dolor, por ejemplo, no admite explicación racional: es lo irracional, lo que no debería darse, lo que no puede admitir la razón sin fracasar por completo. Por eso, sus doctrinas, sus explicaciones sobre el origen del hombre, del mal, del dolor; sobre el sentido de la vida y la salvación, parecen a veces cuentos de hadas. Y, además, no explican nada: hay que creerlas con una fe más increíble que las muchas razones de credibilidad que ofrece la fe cristiana.

Un par de citas ayudarán a concluir acerca de lo dicho: “hay indicios a lo largo del pensamiento moderno que tienden a hacer

6. SANTO TOMÁS DE AQUINO, C. G., III, 71.

7. CARDONA, C., *Metafísica del bien y del mal*, Eunsa, Pamplona, 1987, 156.

de la filosofía un 'saber de salvación'... La explicación de esto se halla en la 'divinización' a la que me he referido más atrás, que, lejos de rechazar muchas de las consecuencias de un planteamiento abierto a lo trascendente, pretende asumirlas, pero despojadas de su estricta índole trascendente. Una de esas consecuencias es la idea de *salvación*, que compromete al entero ser humano, y que es ahora reservada al saber más elevado, que es el conocimiento filosófico... Estaríamos, pues, ante una reedición del gnosticismo"⁸. Y por último, esta vez por referencia a Kant, cuando éste se refiere a la posibilidad de que Dios se hiciera hombre y nos salvara: "no nos llevemos a engaño. Encarnación y redención no son sino figuras de algo ideal. La fe en el Hijo de Dios no consiste sino en poder creer que podemos realizar en nosotros el ideal de perfección que él encarna"⁹.

La nueva doctrina gnóstica se concentra en el llamado Nuevo Orden Mundial que, bajo la bandera de la globalización (quien no esté de acuerdo con este "ideal" es un populista), pretende crear una nueva humanidad (si se puede hablar así): todo el planeta sería un solo Estado, todos serían iguales, nadie tendría nada como propio pero —se dice— a nadie le faltaría nada. Para ello hace falta "unificar" las mentes y las libertades: una sola religión, el ateísmo; un solo sistema político en el que no habría ciudadanos (sería volver al populismo), y en el que la ideología única sería la ideología de género, sólo posible si se admite también el feminismo radical, el control de la natalidad, la eliminación de la libertad de las conciencias, de la objeción de conciencia, etc.

8. SANZ SANTACRUZ, V., *Historia de la filosofía moderna*, Eunsá, Pamplona, 1991, 29, nt. 7.

9. COLOMER, E., *El pensamiento alemán de Kant a Heidegger*, I, Herder, Barcelona, 1993, 279.

Para imponerlo –no puede usar otros medios porque es irracional– se vale de la ingeniería social, la ingeniería genética, la imposición, mediante las leyes, de un pensamiento único –su ideología–, la consideración del aborto y la eutanasia como derechos humanos, así como el cambio de sexo, etc. Los derechos humanos recogidos en la Declaración de las Naciones Unidas de 1948 deben ser abolidos y sustituidos por otros, a los que, de momento, llaman “derechos de segunda y tercera generación”. Los “antiguos” derechos humanos quizás podían valer en la postguerra mundial, pero hoy no tienen razón de ser, porque el Nuevo Orden creará un nuevo ser que sustituirá al “hombre viejo”.

El resultado debe ser un hombre nuevo que, propiamente, ya no sería hombre: manipulado por la llamada inteligencia artificial aplicada a la mente humana, todos los hombres nuevos serán felices, no sentirán más necesidades que las que se les asigne, tampoco podrán elegir libremente su modo de vida, su estado civil (el matrimonio y la familia deben ser abolidos porque “limitan” la libertad –la autonomía– de sus miembros); la educación se desprenderá del estudio de la historia –que no es más que prehistoria, tiempos oscuros–, y tendrán como finalidad formar nuevos “ciudadanos” convencidos de que sólo deben vivir para el bien de la nueva sociedad –el Nuevo Orden–. La ciencia ficción sustituye a la realidad: en lugar del hombre, un ciber, un humanoide, una máquina, que se supone que, aunque no sea libre, será feliz.

En realidad, esta nueva doctrina no es nueva: no es sino la “puesta al día de las doctrinas gnósticas” que aparecieron en los primeros siglos del cristianismo, con la finalidad de poner al hombre como protagonista único de su vida y de la vida social, para lo cual se requería –como ahora– desterrar todo lo que proviene de Dios, porque sólo cuando el hombre sea obra del hombre, será verdaderamente libre. Para comprobarlo basta recordar que “los testimonios de San Agustín y de San Bernardo [sobre el maniqueís-

mo] nos revelan una mentalidad enfrentada a la naturaleza creada por Dios y a la Ley natural grabada en el corazón del hombre. La “libertad del espíritu” se ejerce en el enfrentamiento y hostilidad al orden puesto por Dios en el universo. Que tal es la intención profunda de lo que llamamos “maniqueísmo” se hace comprensible si atendemos tal como fue históricamente en la secta fundada por Manes: se trata de una de tantas gnosis o “herejías” que los Santos Padres frecuentemente distinguían del llamado “error judío”.

“Éste consistía en reafirmar de tal manera la vigencia de los Libros del Antiguo Testamento que se desconocía la novedad del Evangelio: el carácter propio de la gracia redentora. Mientras los judaizantes, que se llamaban a sí mismos “ebionitas”, consideraban al Mesías como un mero hombre y reducían a un horizonte terreno el Reino Mesianico, los herejes gnósticos rechazaban la venida de Cristo en carne (cfr. I^a Iohannes 4, 2-3). Rechazaban el Antiguo Testamento, los Libros de Moisés y todas narraciones referentes al Dios Creador y Legislador, del que blasfemaban como tiránico y opresor. Entre las gnosis, las hubo que daban culto a quienes, en el Antiguo Testamento, se habían opuesto al Dios de Israel, Creador y Legislador: había entre ellos adoradores de la serpiente del Paraíso (“ofitas”), adoradores del fratricida Caín y también de los sodomitas (que por su pecado contra naturaleza habían sido maldecidos y castigados por el Dios de Israel).

“Marción, en quien culmina este enfrentamiento antitético –su principal obra lleva el título de *Antítetis*– caracterizaba el Dios del Antiguo Testamento como omnipotente, tiránico y belicoso, mientras que el Dios que había enviado a Jesucristo no tiene otra obra sino el liberar al hombre, con Su bondad, frente al Dios de Israel.

“Por el *Adversus Haereses* de San Ireneo, el *Adversus Marcionem* de Tertuliano, y por todo lo que podemos conocer de los escritos de los gnósticos, descubrimos en ellos una mentalidad

común, dualística y antitética, que muestra el parentesco de las gnosís, que toman forma de “herejía cristiana”, respecto de un tipo de concepciones filosóficas con milenios de existencia que van tomando expresiones distintas según la situación cultural y las concepciones religiosas entre las que se manifiestan”¹⁰.

En definitiva, nada nuevo, pero mucho más violento e intranigente.

10. CANALS VIDAL, F., *Santo Tomás frente al dualismo maniqueo*, <http://www.riial.org/stda/inicio.htm>